

con el siguiente ejercicio para terminar este retiro de preparación para la muerte.

SEXTO EJERCICIO

Recomendación del alma y su salida de este mundo.

Pongámonos de rodillas en nuestro oratorio, después de haber recitado el *Veni Creator*, imaginémonos que al fin nos desahucian los médicos, que nos aproximamos á la agonía, que cerca de nuestro lecho arde una vela encendida, que nuestro confesor nos presenta la imagen del crucifijo y nos dice con voz piadosa, grave, recogida y llena de dulzura: "Sal de este mundo, alma cristiana, en el nombre del Padre que te crió; en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo que padeció por tí; en el nombre del Espíritu Santo, que á tí se ha comunicado; y que seas admitido el día de hoy en el lugar de la paz, y que tu morada sea la santa Sión."

Digámonos á nosotros mismos: "Alma mía, ya hemos llegado á la última hora del terrible paso de este mundo al otro; vamos á salir de esta tierra para entrar en la morada de nuestra eternidad. Dejemos, pues, voluntariamente y con gozo la frágil habitación de este cuerpo, para

ir á fijar eternamente nuestra vivienda en el palacio de nuestro Dios, para ver cara á cara la hermosura infinita, la esencia infinitamente amable, para poseer sin interrupción, para amar sin medida todos los transportes de nuestro corazón, la reunión de todas las perfecciones. ¡Oh, qué inmensa dicha conocer el poder del Padre, la sabiduría del Hijo y la bondad del Espíritu Santo! *¡estar reunido á los coros de los ángeles contemplando delante de sí el rostro de Dios*, no tener ningún temor de la muerte, y poseer la dichosa certeza de la eterna incorruptibilidad¹. ¡Oh Israel! ¡cuán grande es la casa de Dios, y cuán vastos los lugares que él posee!².

"Aquella será pronto nuestra morada, ¡oh alma mía! *¡algún tiempo más*,³ *é iremos á la casa del Señor!*"⁴. Unos momentos más de tribulación, y nuestra aflicción será recompensada con un peso eterno de gloria. "Sí, con esta magnífica *espera, mi alma se inflama y arde en el deseo de ser por fin admitida en la mansión donde le espera un gozo sin límites*"⁵. No obstante, no estoy todavía seguro de esta dicha, puedo aún perder

¹ San Greg. Homil. 37 sobre el Evangelio

² Baruch. 3 24.

³ Juan 7. 33.

⁴ Sal. 121. 4.

⁵ San Greg. Homil. 37 sobre el Evangelio.

mis derechos á la eterna beatitud, por- que puedo pecar, morir en mi pecado, y ser condenado. Hé aquí lo que causa mi temor; el conocimiento que tengo de mi fragilidad es lo que me inquieta y me turba; esta ignorancia de mi suerte futura es la que me alarma y me horroriza entre las dos eternidades, la eternidad dichosa y la eternidad desgraciada.

*Mas ¿por qué estás triste, ¡oh alma mia! y por qué me turbas? Espera en Dios,*¹ espera en el buen Señor, que sabe cómo salvarte, pues es infinitamente sabio, que puede y quiere salvarte, pues es todo poderoso y la bondad misma y que te ama con un amor infinito. Es cierto que tu fragilidad es grande y que tus pecados son enormes; mas son infinitamente menores que sus misericordias; sí, la misericordia de Dios les supera infinitamente. Dios es padre, y más que padre. Ahora bien, ¿qué padre no tiene compasión de las enfermedades de sus hijos? Reanima, pues, tus esperanzas, porque tu divino Padre tendrá cien veces más compasión de ti. *Porque conoce la materia de que nos ha formado.*² Su Majestad, que entregó su Hijo á la muerte por nosotros, ¿nos negará el cielo? Quien da lo más, ¿no puede dar lo menos? ¡Ah! hiere á

¹ Sal 42 5.

² Sal 102 14.

Dios en la niña del ojo el que desconfía de su clemencia, porque negar la misericordia divina es verdaderamente negar á Dios mismo!

Por otra parte, tenemos á Jesucristo por abogado cerca de Dios Padre;¹ sus heridas interceden por nosotros, él nos ha hecho cesión de sus méritos. La sangre de Jesucristo, por un don de su ternura, es toda para nosotros; sus llagas y sus méritos son nuestros. Ricos con su valor infinito, no tenemos, pues, que horrorizarnos por la multitud ni la gravedad de nuestros pecados.

(Tomando aquí el Crucifijo en nuestras manos, digamos:)

¡Oh alma mia! he aquí á tu Salvador, á tu amor crucificado, inclinando la cabeza para darte el beso de paz. Extiende los brazos para abrazar á los pecadores, abre su costado para ofrecernos á todos un seguro asilo. Espera, pues, en él.

Padre eterno, hé aquí este miserable é indigno siervo por el cual habeis entregado á vuestro divino Hijo; no permitais que la sangre preciosa de esta adorable Víctima haya sido inútilmente derramada por mí. Yo he cometido grandes pecados, y mi conciencia me reprocha una multitud de crímenes; mas no desespero,

¹ 1 Juan, 2 1.

porque vuestra gracia abundará donde abundaran mis pecados. Vos sois toda mi esperanza, mi mérito y mi refugio, mi salud, mi resurrección y mi vida. Yo descanso con confianza y duermo con seguridad en las llagas de Jesucristo. Cuanto más poder tiene este divino Redentor para salvarme, más mi seguridad aumenta. No contando sino con los méritos infinitos de Jesucristo, clamo á vos, Señor, desde el profundo abismo de mis miserias. Señor, escuchad mi voz: escuchad con bondad las oraciones que vuestra santa Iglesia ha instituído para la *Recomendación del alma*, y que hará recitar por mí á la hora de mi muerte.

¡Oh Dios misericordioso! tened compasión de vuestro siervo N., escuchad la oración que os dirige con entera confianza de que le perdonaréis todos sus pecados. Tened compasión, Señor, de sus gemidos y de sus lágrimas, porque no tiene confianza más que en vuestra misericordia; reconciliadle con vos.

Mi carísimo hermano, yo os recomiendo á Dios todopoderoso, os dejo á aquel de quien sois criatura, á fin de que después de haber pagado por vuestra muerte el tributo de la humanidad, volvais á vuestro autor que os ha formado del barro de la tierra. Que el ejército brillante de los mártires y de los santos

venga á recibir vuestra alma al salir de su cuerpo; que se os conceda la gracia de ver á vuestro Salvador cara á cara, de ser admitido en la compañía de los bienaventurados, y de gozar de las dulzuras de la contemplación divina.

Señor, os recomendamos el alma de vuestro siervo N y os pedimos que admitais en el seno de los patriarcas esta alma por la cual vuestra misericordia os ha hecho descender á la tierra. Dignaos olvidar sus ignorancias y los pecados de su juventud, y tratadla según vuestra inmensa misericordia en la gloria de vuestra eterna caridad. Que todos los santos y todos los escogidos de Dios intercedan por vuestro siervo, á fin de que, libre de los lazos de la carne, merezca llegar á la gloria del reino celestial por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, en los siglos de los siglos. Así sea.

Fijemos aquí nuestras miradas en el Crucifijo, y como si estuviésemos próximos á dar el último suspiro, cumplamos los actos siguientes:

Dios mío, yo *creo* en vos que sois la verdad misma; os adoro como á mi soberano Señor; me *humillo* delante de vos en el conocimiento de mi nada; me *arrepiento* de haberos ofendido, á vos Bien supremo; *pongo* morir antes que

manchar mi alma ni aun con un pecado venial; *espero* en vos que sois infinitamente misericordioso, fiel y poderoso para cumplir vuestras promesas; *os amo* porque sois soberanamente amable, *os amo* únicamente por vos sobre todas las cosas y con todas mis fuerzas; *os doy gracias*, ¡oh único y Bienhechor mio! por tantas bondades con que me habeis colmado en el curso de mi vida; me *resigno* á todo lo que dispusiéreis de mí y me *conformo* enteramente con vuestra santísima voluntad; *padeceré* de buen grado y sufriré más y más por vuestro amor á fin de someterme desde ahora á vuestra justicia por mis pecados; *os deseo*, porque vos sois mi último fin.

¡Oh santísima Trinidad! ¡concededme la gracia de la perseverancia final! ¡Jesús, sed mi Jesús! ¡Santa Madre de Dios, acordaos de mí!

Santos patronos míos, orad por mí para que yo sea digno de las promesas de Jesucristo. Yo deseo morir para estar con Jesucristo en el cielo, ¡oh Dios mio! yo deseo veros y amaros eternamente. ¡Oh gozos verdaderamente infinitos que Dios ha preparado para los que de veras le aman, ¡oh mi Dios y mi todo! ¿qué hay para mí en el cielo y fuera de vos? ¿qué puedo yo querer en la tierra? ¹ Ansio re-

¹ Ps. 72 25

cibir la absolución sacramental y ganar todas las indulgencias que la Iglesia concede en el artículo de la muerte. ¡Señor, en vuestras manos entrego mi espíritu. ¡Jesús, María y José! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

Después de haber hecho esos actos de virtudes, imaginémonos que acabamos de espirar; que hemos salido ya de este mundo y entrado en la morada de nuestra eternidad; que nos hemos sometido al juicio, y que somos condenados á las llamas del purgatorio. Pongámonos segunda vez de rodillas y hagamos brevemente las reflexiones siguientes:

1.^a Cuando mi alma haya salido de mi cuerpo, abandonando todo lo que poseo; cuando pase de mi aposento y de mi casa á otro mundo, ¿con qué ojos considerará todas esas nada y verá mi cadáver? ¿Cómo se ha de alegrar mi alma entonces de haber usado de su cuerpo y haber gozado de todas esas cosas perecederas!

2.^a Cuando esté delante de su juez, ¿cómo desearía haber vivido? ¿qué querría haber hecho ó evitado? ¿qué juicio hará entonces de los placeres, honras y riquezas?

3.^a ¿Qué pensará mi alma en su entrada en el fuego expiatorio de lo malo del pecado venial, de la austeridad vo-

luntaria de la vida, del cuidado de adelantar en la virtud y en la perfección? ¿De qué le servirá haber tenido en abundancia durante el curso de su vida todas las comodidades, las dignidades y las delicias, si ha aumentado por esos vanos goces el ardor de las llamas expiatorias? Al contrario, ¿qué perjuicio le resultará de haber vivido pobre, desgraciada, despreciada, si, por esas pruebas, ha evitado ó al menos disminuido las penas satisfactorias que se padecen en esa prisión?

4.^a Si me fuese permitido después de mi muerte volver á la vida; si mi ángel custodio me previniera al mismo tiempo que debo morir segunda vez dentro de un mes, ¿qué conducta observaría yo durante este corto espacio de tiempo?

Meditemos estos pensamientos un instante, y, después de haber renovado los buenos propósitos que hiciéramos hasta el presente, terminemos este ejercicio por las oraciones que la Iglesia hace recitar después de la muerte de los fieles y que se encuentran al final del *Orden para la Recomendación del alma*.

Después de haber examinado un momento con qué fervor hemos hecho cada uno de los ejercicios de este retiro de *preparación para la muerte*, y si hemos fielmente observado los avisos siguien-

tes, iremos á la iglesia á ofrecer nuestras humildes acciones de gracias por los beneficios que hemos recibido en este día, y pedir á Jesucristo, oculto en la Eucaristía, y á los santos patronos de la buena muerte la bendición para nosotros y para las resoluciones que hemos tomado. Volveremos en seguida á nuestras ocupaciones ordinarias con todas las disposiciones de un hombre arrancado á la muerte y vuelto á la vida, vuelto del juicio y del purgatorio y con la certidumbre de que debe volver al sepulcro antes de un mes. Apliquémonos durante tres días con particular atención á conservar el fervor que hemos concebido en el retiro, y tomemos por materia del examen particular una de las resoluciones que hemos formado en él. *Bienaventurado el siervo á quien el Señor á su llegada encontrare haciéndolo así: en verdad os digo que le establecerá sobre todos sus bienes.*

Avisos que se deben observar durante este retiro

Es necesario: 1.^o Persuadirnos firmemente de que este día es el último de nuestra vida, y aplicarnos en consecuencia á hacer todas nuestras acciones de la misma manera que deseáramos ha-

berlas hecho cuando haya realmente llegado.

2.^o Tener escasa luz en nuestro gabinete, para conservar mejor el espíritu de recogimiento; y, á fin de reanimar frecuentemente nuestro fervor, tomar muchas veces en nuestra mano el Crucifijo; por ejemplo: al dar el reloj, besarlo respetuosamente y decir con tierna piedad: “¡Oh alma mía! henos aquí aún una hora, ó un cuarto de hora más cerca de la muerte. ¡Oh Dios mío! si yo hubiese muerto tal día, ó en tal tiempo, ¿dónde estaría ahora mi alma?”

3.^o Después de comer, ó á la hora que fuese más cómodo, disponer el aposento, arreglar los muebles y todos los otros objetos en el orden que querriamos que se encontrasen á la hora de nuestra muerte.

4.^o Si las rúbricas lo permiten, decir ó hacer decir una misa votiva de la buena muerte, ó una misa de *Réquiem* ó á lo menos hacer memoria de los difuntos en la misa del día. Si no estamos obligados á recitar el Breviario, recitar el Oficio de Difuntos á las horas convenientes, según las divisiones de este oficio, ó, si no lo recitamos todo entero, decir al menos un nocturno con la feria y los Laudes.

5.^o Escribir cuando menos las principa-

les resoluciones para mejor asegurar su fiel observancia. Esta recomendación es de grande importancia, y he aquí por qué el demonio no descuida ningún medio de impedir que la pongamos en práctica. El ministro de un rey exclamaba en su última hora: ¡Desgraciado de mí! Gasté tantas resmas de papel en servicio de mi señor, y no escribí una sola página para la salvación de mi alma.—Nosotros mismos, ¡cuántos cuadernos he mos llenado de una escritura inútil! ¿Sería, pues, mucho consagrar al menos una hoja para el éxito de una obra tan santa?

6.^o Disponer nuestro reglamento del día, de manera que se acomode fácilmente con nuestras acciones ordinarias, que no puedan ser diferidas porque nada está bien hecho si no se hace según el orden: poner religiosa exactitud en hacer todas las cosas en las horas señaladas, mas sin pena ni escrúpulo sobre esto. Si sucediere que Dios se dignare darnos, en alguno de nuestros ejercicios espirituales, luces más vivas y más abundantes afectos de piedad, no debemos, bajo el tímido pretexto de que pasaríamos un tiempo destinado á otro ejercicio, creernos obligados á continuar este último, pues más ventajoso es entonces obedecer al atractivo del Espíritu Santo, y dejar llevar nuestro corazón á donde

la divina inspiración quiera conducirlo.

7.º Escojer por materia del examen particular en este día de retiro la exactitud en observar estos avisos. La negligencia en este punto impide casi siempre que se obtenga algún fruto del retiro. Tampoco debemos alegar que nos parecen de poca importancia estos avisos; porque el menor grano de arena que cae en las ruedas de un reloj detiene todos sus movimientos, y, aun para detener grandes naves, basta algunas veces un obstáculo muy débil. Así, aunque á primera vista nos pareciese que estos avisos son recomendaciones de poca consecuencia, no es menos cierto que tocaríamos difícilmente á nuestro fin, si tuviésemos la imprudencia de descuidarlos.

Consideración ^a sobre la relación de nuestras costumbres con nuestra fe

Punto 1.º – Comparación de nuestra fe con nuestra vida.

1.º Es cierto que hemos de morir: *nadie vivirá siempre*¹, que nuestra muerte

^a Esta consideración puede servir para la meditación de la mañana ó para la lectura espiritual que se debe hacer durante el día.

¹ Ecles. 9. 4.

será imprevista: *«El Hijo del hombre vendrá á la hora que menos penséis.*¹ La manera, el lugar, el tiempo de nuestra muerte, por el contrario, son inciertos; Jesucristo lo ha dicho: *Vosotros no conocéis ni la hora ni el día.*² He aquí nuestra fe.

No obstante, vivimos como si no hubiésemos de morir, todos enteramente ocupados de la tierra y en olvido del cielo, como si el término de nuestra vida estuviese en nuestro poder ó Dios *nos hubiese revelado la manera, el lugar y el tiempo de nuestra muerte.*

2.º Es cierto que no moriremos más que una vez, según las palabras del Apóstol: *Ha sido decretado que los hombres mueran una sola vez*³; que en esta primera vez, si morimos mal, la pérdida es irreparable, y que lágrimas eternas no expiarán nuestras faltas: “Donde el árbol cayere, allí permanecerá.”⁴ He aquí nuestra fe.

No obstante, vivimos como si debiésemos morir muchas veces, como si pudiésemos reparar por una segunda muerte el mal de la primera; ó á lo menos expiar esos males por una penitencia pós-

¹ Luc 12 40.

² Mat 25.

³ Hebr 9 27.

⁴ Ecl. 11. 23.

tuma; vivimos sin inquietarnos por buscar los medios de conseguir un fin dichoso.

3.º Es cierto que nuestro cuerpo será reducido á podredumbre y que se volverá cenizas: *Eres polvo y en polvo te has de convertir*; ¹ que nuestra alma es inmortal y que padecerá eternamente en el infierno, ó será eternamente dichosa en el cielo, porque Dios ha criado al hombre imperecedero. ² He aquí nuestra fe.

Sin embargo nosotros halagamos por una complacencia servil y ciega este montón de basura, este vil pasto de los gusanos, para procurarle todas sus comodidades; no tenemos vergüenza de sacrificar innumerables grados de mérito y de gloria, y somos al contrario tan pródigos de la salvación de nuestra alma, y tan descuidados de su suerte eterna, como si *el fin del hombre y del animal fuese el mismo*, como si su condición fuese igual, y el hombre no tuviese algo más que el bruto. ³

4.º Es cierto que la vida presente será seguida de otra vida: porque *no tenemos aquí abajo ciudad permanente*,

¹ Gen 3. 19.

² Sab. 2. 23.

³ Ecl. 3. 19.

⁴ Hebr. 13. 14.

y buscamos aquella donde debemos habitar toda la eternidad; ¹ que seremos despojados de todo al pasar de este mundo al otro; el oráculo es formal: *Nada trajimos á este mundo, y está fuera de duda que nada nos podremos llevar de él*. ² He aquí nuestra fe.

No obstante, apegamos tan fuertemente nuestro corazón á las cosas de la tierra como si debiésemos permanecer eternamente en este mundo, ó llevar con nosotros mucha parte de nuestros bienes temporales.

5.º Es cierto que el juicio particular seguirá inmediatamente á nuestra muerte: *Todos debemos comparecer delante del tribunal de Jesucristo, á fin de que uno reciba lo que es debido á sus buenas ó malas acciones cuando estaba revestido de su cuerpo*; ³ que al juicio particular sucederá al fin de los tiempos el juicio universal, por el cual nuestro cuerpo resucitará en la resurrección general en el último día, á fin de ir ó al suplicio eterno ó á la vida eterna; ⁴ que el hombre, en fin, irá á la mansión de su eternidad ⁵ que es un círculo sin principio ni fin, cuya circunferencia es una

¹ J. Tim. 6. 7.

² 2. Cor. 5. 10.

³ Juan, 11. 24.

⁴ Mat. 25. 46.

⁵ Ecl. 12. 5.

eternamente, siempre, y cuyo centro es ó el cielo ó el infierno, ó la reunión de todos los bienes ó el abismo de todos los tormentos. He aquí nuestra fe.

No obstante, vivimos como si pudiéramos evitar este juicio, ó engañar á nuestro juez, ó conmoverle con nuestras súplicas, ó apelar de nuestra sentencia, como si la eternidad fuese una invención fabulosa ó un vano espantajo; muy poco nos inquietamos del último momento de nuestra vida, aunque de este instante dependa la sentencia de nuestro juez y la dicha de nuestra eternidad.

6.º Es cierto que hay infierno. Este infierno es un lugar de tormentos,¹ en el cual hay encendido por la cólera del Señor un fuego que quemará hasta las entrañas del abismo;² que un solo pecado mortal merece el infierno, pues que en el acto que sigue á su pecado mortal, que fué solamente un pecado de pensamiento, Dios no perdonó á los ángeles culpables;³ que millones de hombres se han condenado, y que una multitud innumerable perecerá aún eternamente, y caerá en las profundidades del infierno⁴; que lo que ha sucedido y lo que sucede-

¹ Luc. 16. 28.
² Deut. 32. 22.
³ Pedro. 2. 4.
⁴ Job. 4. 20.

rá á muchos otros, puede sucedernos á nosotros mismos. He aquí nuestra fe.

No obstante, siempre pecamos. *El infierno ha ensanchado sus fauces inmensas*,¹ y nosotros continuamos nuestras prevaricaciones sin temor de morir en el pecado. Dios pronuncia á todas horas nuevas condenaciones, y nosotros lo ofendemos á toda hora. Son innumerables los que pasan su vida en el gozo, y *descienden en un momento á los infiernos*.² Nosotros lo sabemos, y no obstante la pérdida de los otros no nos hace más prudentes.

7.º Es cierto que hay un cielo, que muchos son llamados á él, y que sin embargo hay muy pocos escogidos³, porque la puerta es pequeña y estrecho el camino que conduce á la vida y muy pocos la encuentran.⁴ En una palabra: *muy pocos se salvan*.⁵ He aquí nuestra fe.

No obstante, somos tan descuidados por merecer la gracia de una buena muerte como si hubiésemos recibido del cielo la seguridad auténtica, como si hubiésemos leído nuestros nombres escritos en el libro de la vida con caracteres imborrables.

¹ Isai. 21. 14.
² Job. 21. 13.
³ Mat. 20. 16.
⁴ Mat. 7. 14.
⁵ Luc. 14. 23.

Punto segundo. — Interpelaciones á nuestra alma acerca de la oposición de su conducta con su fe.

¡Oh alma mía! ¿qué sentimientos te inspira el paralelo que acabas de meditar? Si no crees estas verdades, perteneces á los herejes, y si las crees sin querer cambiar de vida, eres insensata. En efecto, ¿no es una locura imperdonable creer una cosa respecto de la muerte, y vivir hasta la última hora de un modo opuesto á lo que se cree? ¡Desgraciada! tu *fé será la muela de molino suspendida á tu cuello que te arrastrará á lo más profundo del abismo del infierno*. Cuando el demonio, en los desfallecimientos de tu agonía, ponga á tu vista el doble cuadro de tu vida y de tu fe, cuando los remordimientos de tu conciencia te hagan oír el terrible apóstrofe de San Agustín: *“He aquí tu fe. He ahí tu vida,”* ¿cuáles serán entonces tus angustias? ¿Qué responderás cuando el divino Juez, con fulminante voz y terrible mirada, te diga: ¿No es esto lo que has creído ¡oh hombre! y no es eso lo que has hecho? ¿Qué juicio harás entonces de tu vida comparada con tu fe? Defenagámonos aquí un instante, y prestemos oído atento á las respuestas de nuestra conciencia... ¡Ah! nuestras reflexiones

nos llenan de terror y de espanto, y sin embargo, tan insensatos somos, que no pensamos de ningún modo en conformar nuestra vida con nuestra fe.

*Mas, juzgad vosotros mismos,*¹ cristianos, si la razón autoriza semejante conducta con tal creencia, y si admite tales sentimientos acerca de la muerte con semejante olvido de ella durante nuestra vida.

*Yo os hablo como á hombres sabios, juzgad vosotros mismos*² si está de acuerdo con las reglas de la prudencia eso de abandonar el porvenir al acaso y precipitarse ciegamente y sin previsión en los lazos de la muerte, *como el ave que se apresura hacia la red y no sabe que le va en ello la vida.*³ Mas, ¡desgraciada de tí, Corazain!⁴ ¡desgraciados de vosotros, cristianos! porque si estas verdades hubiesen sido enseñadas á los paganos, á los salvajes del desierto, ellos hubieran ciertamente conformado su conducta con las verdades de la fe. ¡Qué! ¿sólo nosotros los fieles hemos de vivir en la apatía de los ateos, en el descuido de nuestra muerte futura, *como si hubiéramos hecho un pacto con la muerte*

¹ 1 Cor. 11. 13.

² 1 Cor. 10. 15.

³ Prov. 7. 23.

⁴ Mat. 11. 21.

y sellado una alianza con el infierno?¹ Ruborizate de vergüenza, ¡oh Sidón! dice el mar.² Que todo el universo cristiano se aflija viendo á los católicos vivir con tan culpable olvido de su eternidad y en tal oposición de su conducta con su fe.

¡Oh Dios! soberano Señor de la vida y de la muerte, *haced que crezcamos en la fe y que con la confesión de boca comencemos también á explicarla con nuestras costumbres;*³ concédenos la gracia de poner en práctica durante la vida las verdades que nos enseñe la muerte y que, antes de morir, podamos arreglar tan bien nuestra conducta, que evitemos los castigos y merezcamos las recompensas de la otra vida. Amén.

¹ Isai 28. 15

² Isai 23. 4.

³ Oración de la Iglesia en la Misa.



CUARTO MEDIO

Consideración del estado de nuestra alma después de la muerte.

EN los medios precedentes hemos visto cuán necesario es prepararse para el último combate de la muerte, y prepararse á tiempo, y comenzar en seguida, sin demorarlo más: después hemos estudiado y escogido un método propio para facilitar el cumplimiento de este deber.

Mas la gracia de una buen muerte no se obtiene sin grandes dificultades, y nuestro primer cuidado debe ser triunfar de esos obstáculos. Los principales son: 1.º una funesta perseverancia en acrecentar todos los días de nuestra vida la mancha del pecado y la obligación á la pena merecida por el pecado.^a; 2.º un

^a (Nota del Traductor).—Tales son los dos efectos que produce el pecado; porque con la mancha que imprime al alma, constituye al hombre en un estado de culpabilidad, estado que nuestro autor, según los teólogos, explica por estas palabras: *reatus culpae*; al mismo tiempo la hace capaz de una pena proporcionada á la ofensa, y este segundo efecto en el lenguaje teológico se llama *reatus pena*.